



## Capítulo 542: Ella ni siquiera sabe lo que es una milf

Virgilio suspiró, un suspiro pesado que parecía llevar más sarcasmo que cansancio. Regresó lentamente, sacando su silla con un raspón metálico que resonó alrededor de la pequeña isla.

Se sentó nuevamente frente a ella, inclinándose hacia atrás con la elegancia perezosa de alguien que tenía el control del juego.

"¿Y?" dijo, cruzando los brazos e inclinando la cabeza. "Quieres prolongar el momento. Genial. Pero dime... ¿de qué exactamente quieres hablar?"

Qliphoth permaneció quieta durante unos segundos, como si no hubiera esperado que él cediera tan fácilmente. Su sonrisa se desvaneció un poco, volviéndose más real, casi humana.

"No lo sé." La respuesta fue seca y sencilla.

Virgilio arqueó una ceja. "¿No lo sabes?"

Apartó la mirada de la taza vacía y pasó el dedo por el borde como si buscara alguna respuesta allí. "No hablo." Sus ojos dorados regresaron a él, llenos de algo extraño, una vulnerabilidad apenas disimulada. "No a menudo." Malo con... la gente.

Virgilio soltó una risa baja y apagada, sacudiendo la cabeza. "Ja. Así que eso es todo. Me haces perder el tiempo, dices palabras bonitas, te pones esa máscara de divinidad... pero al final, solo querías hablar."



Qliphoth lo observó en silencio y por un momento su expresión no fue de ira o arrogancia, sino de alguien acorralado.

"La conversación es... difícil." Ella giró la taza, aunque ya no había líquido dentro. "Quienes se acercan a mí quieren poder. O quieren destruirme. Nunca sólo quieren... palabras."

Vergil se inclinó hacia delante, apoyando el codo sobre la mesa y la barbilla sobre la mano. Sus ojos azules brillaban como cuchillas que reflejaban el fuego.

"¿Entonces me trajiste aquí durante meses... sólo para tomar el té y charlar un rato?"

Ella dudó. Luego, con una media sonrisa, casi tímida, respondió:

"Tal vez."

Vergil se rió a carcajadas esta vez, un sonido lleno de ironía que resonó en las raíces e hizo temblar incluso el lago. "¡Ja! Realmente eres un árbol muy molesto."

Se inclinó hacia atrás nuevamente, cruzó las piernas y la enfrentó con esa sonrisa torcida que parecía más un desafío.

"Entonces, dime, Tree..." su voz bajó, profunda, arrastrada, "¿de qué realmente quieres hablarme?"



Qliphoth hizo girar la taza vacía entre sus dedos, como si todavía hubiera algo que saborear más allá del silencio. Sus ojos dorados, parcialmente ocultos por el ala ancha de su sombrero, brillaban mientras miraba a Virgilio.

"¿Cuántos años tienes?" La pregunta surgió como una raíz inesperada, brotando de la nada.

Virgilio arqueó una ceja. La pregunta lo tomó por sorpresa. No era del tipo que se sorprendía fácilmente, pero esto... no era algo que esperaba de una entidad cósmica, un Árbol del Mundo.

"Hm." Inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándola por un momento, como si considerara si la pregunta contenía algún truco oculto. "Veintiuno...tal vez veintidós." Él frunció el ceño pensativamente. "O veintitrés."

Qliphoth parpadeó lentamente. "¿No estás seguro?"

Vergil se encogió de hombros y apoyó el brazo en el respaldo de su silla. "Dejé de contar cuando me convertí en demonio. O... tal vez debería decirlo cuando vuelva a serlo." Una sonrisa irónica curvó sus labios. "Es complicado."

Ella lo estudió por unos momentos, como si buscara la verdad escondida entre líneas. La confusión en su mirada dorada era rara, casi extraña para alguien que afirmaba estar conectado con el planeta mismo.

"Eres un niño." Su voz era suave, pero llena de juicio. "Sigues tropezando con tu propia sombra."

Vergil la miró en silencio durante unos segundos. Y luego, poco a poco, su sonrisa se amplió.



"Niño, ¿eh?" Su voz era baja, casi un ronroneo sarcástico. Se inclinó hacia delante y sus ojos se fijaron en los de ella. "Te llamaría de otra manera."

"Oh, ¿eh?" Ella levantó una ceja, intrigada.

"Milf." Virgilio dejó escapar la palabra como una espada afilada, cargada de ironía y provocación.

El impacto fue inmediato. Qliphoth no se movió, pero la tensión en el aire cambió. Las raíces a su alrededor temblaban, como si el mundo entero lo hubiera oído. El lago burbujeaba más fuerte, escupiendo burbujas de sangre que estallaban como risas ahogadas.

Parpadeó lentamente, casi con incredulidad. "¿Milf?" Repitió la palabra como si fuera un idioma extranjero en su boca.

"Sí." Vergil se reclinó, cruzó los brazos y mostró esa sonrisa arrogante que tanto la irritaba. "Una mujer vieja y poderosa, con una cara como si lo hubiera visto todo... pero aún así demasiado hermosa para que alguien la ignore."

Qliphoth dejó escapar un sonido entre una risa y un suspiro. Se inclinó hacia adelante, apoyando la barbilla sobre la mano, con los labios curvados en algo entre la diversión y la amenaza.

"Eres demasiado atrevido para tu edad, Virgilio."

"Y eres demasiado hermosa para tus milenios," respondió sin dudarlo, con los ojos brillando de travesuras y desafío. "Entonces estamos empatados."



El silencio que siguió no fue vacío. Fue acusado. El lago parecía contener la respiración, el bosque se inclinaba hacia la isla e incluso las raíces circundantes se retorcían como serpientes curiosas.

Qliphoth finalmente se rió. Fue una risa baja y ronca la que hizo vibrar el aire.  
"Niño insolente."

Virgilio inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos por un momento, como si saboreara la victoria de provocar esa reacción en ella.

"Sí... tal vez." Abrió los ojos de nuevo y se quedó con los de ella. "Pero te gustó."

Su risa se desvaneció, pero la sonrisa permaneció.

"Tal vez."



El silencio se prolongó después de eso "tal vez." Fue un silencio extraño, pesado pero íntimo. El tipo de pausa que no exigía una respuesta inmediata, pero llevaba expectativas. Vergil la dejó estirarse, contemplando cada detalle de la mujer que tenía delante —la forma en que apoyaba la barbilla en la mano, la forma en que su sombrero proyectaba sombras sobre sus ojos y la forma en que las raíces a su alrededor pulsaban en sintonía con lo que estaba sintiendo.

Se rió entre dientes, rompiendo la quietud como alguien que corta el aire con una cuchilla.

"Debes ser terrible negando cosas, Árbol." Tocó los dedos sobre la mesa, con la mirada aguda. "Si esto fuera un juego de cartas, habrías perdido en la primera ronda."



Qliphoth entrecerró los ojos, pero no parecía irritada. Al contrario, había algo curioso allí, como si estuviera descubriendo un juguete nuevo.

"Y tú... eres bueno forzando palabras en la boca de otras personas."

"¿Forzando?" Virgilio arqueó una ceja y se inclinó hacia delante, con la voz baja y llena de malicia. "Sólo digo lo que ya tienes en mente."

Ella sostuvo su mirada, pero sus raíces se agitaron nuevamente, revelando su malestar.

Virgilio aprovechó el momento, como siempre lo hacía.

"Me llamaste niña, pero mírate..." Sonrió, casi divertido. "Millennials de la vida, una entidad que debería ser intocable, y sin embargo pierdes el equilibrio porque un chico de veintitantes años te llama 'milf.'"

Qliphoth respiró profundamente y sus hombros subieron y bajaron lentamente. Ella podría aplastarlo allí mismo, ahogarlo en el lago de sangre, estrangularlo con sus raíces. Pero no. El brillo en sus ojos delataba algo más: se estaba divirtiendo.

"Te jactas de provocarme, pero no te das cuenta del riesgo." Su voz era baja y arrastrada. "Podría consumirte entero."

Vergil dio una risa breve y seca. "Ya lo han intentado antes." Se ajustó la capa a los hombros y se inclinó hacia atrás nuevamente, mostrando el cuello desafiante. "Todavía estoy aquí." La fría sinceridad en su voz parecía ser más profunda que la provocación. Qliphoth guardó silencio durante unos segundos y lo evaluó nuevamente. La tensión que los separaba ya no era sólo hostilidad:



era algo más denso, como dos fuerzas que probaban lo cerca que podían llegar sin destruirse entre sí.

Virgilio fue el primero en romper el aire pesado.

"Entonces..." giró la mano, como si estuviera dando espacio en una conversación, "¿qué más quieras preguntarme?"

Qliphoth inclinó ligeramente la cabeza y, por primera vez desde que la conoció, ella parecía... vacilante.

"No lo sé." Ella habló casi en un susurro. "Hace tiempo que no le hago una pregunta a nadie."

"¿Siglos?" Virgilio soltó una risa irónica. "Eso explica muchas cosas. Eres demasiado mayor para jugar acertijos, pero demasiado solo para admitirlo."

Ella entrecerró los ojos, pero no respondió. Vergil se dio cuenta—y eso sólo lo hizo más audaz.

"¿Quieres algún consejo de un niño insolente?" "Lo siento", dijo, inclinándose de nuevo, lo suficientemente cerca como para que su sombrero casi rozara su frente. "Si te gusta hablar, no lo compliques. Pregúntame cualquier cosa. Aunque sea estúpido."

Qliphoth permaneció en silencio, pero las raíces se calmaron. Había ahora una extraña serenidad en la isla, como si el mundo se hubiera detenido a escuchar.

Finalmente ella habló.



"Entonces dime, Virgilio... si pudieras elegir... ¿vivirías como humano o como demonio?"

La pregunta flotaba en el aire como un dulce veneno.

Vergil sonrió, sus ojos brillaban con una mezcla de nostalgia y desprecio.

"Eso es fácil." Apoyó su brazo sobre la mesa y la miró fijamente. "Elegiría vivir como yo."

El lago tembló. Las raíces vibraron. Qliphoth sonrió lentamente, como si finalmente recibiera una respuesta que no sabía que esperaba.

"Insolente." murmuró de nuevo, pero esta vez casi sonó como un cumplido.

Vergil simplemente se encogió de hombros. "Milf."

"Ella ni siquiera sabe lo que es una milf, debe pensar que la estoy insultando," pensó Virgilio.